

Como en ocasiones anteriores, Juan Pablo II ha aprovechado la cobertura que los medios de comunicación dan a sus viajes internacionales, para hablar a todo el mundo a través de las muchedumbres que le han escuchado en las diversas etapas de su visita a Irlanda y los Estados Unidos.

Dos son los temas que más han resaltado en sus discursos. Por una parte ha continuado la línea abierta por sus predecesores y recogida por él mismo en otras ocasiones, enfatizando la relación estrecha que existe entre servicio de la fe y promoción de la justicia. Por otra parte ha abordado repetidamente la problemática de la moral sexual y familiar, tomando postura frente a las discusiones que en este terreno se han desarrollado entre los católicos en los últimos años, y confirmando enérgicamente la doctrina más tradicional sobre estos temas.

Como muestra de ambas tendencias ofrecemos a continuación las partes centrales de los discursos pronunciados en el Yankee Stadium y ante la Conferencia Episcopal Norteamericana, este último en versión no oficial (N. de la R.)

# EL PAPA EN LOS ESTADOS UNIDOS

## 1 HOMILIA EN EL YANKEE STADIUM DE NUEVA YORK

Hoy, permítanme insistir sobre el espíritu y sobre la naturaleza de la contribución de la iglesia a la causa, de la justicia y de la paz, y recordar algunas prioridades urgentes sobre las que se debe concentrar actualmente su servicio a la humanidad.

El pensamiento social y la práctica social inspirados por el evangelio deben estar siempre caracterizados por una particular sensibilidad frente a quienes se encuentran en las situaciones más angustiosas, frente a los más pobres, los que sufren a causa de todos los males físicos, psíquicos y morales que afligen a la humanidad, incluidos los hambrientos, los marginados, los desocupados y los desesperados. ¡Cuánta pobre gente de este tipo hay en el mundo! ¡Cuánta hay en medio de ustedes! En muchas ocasiones, su nación se ha merecido una justificada reputación por su generosidad tanto pública como privada. Sean fieles a esta tradición, estando a la altura de sus grandes posibilidades y de su actual responsabilidad. La red de obras caritativas de todo género que la Iglesia ha logrado crear aquí, es un precioso instrumento para movilizar eficazmente generosas empresas destinadas a aliviar las situaciones de malestar que se multiplican tanto aquí como en el resto del mundo. Hagan un esfuerzo para asegurarse que esta forma de ayuda mantenga su insustituible carácter de encuentro fraterno y personal con quienes se encuentran en situación de necesidad; si es necesario, restablezcan este carácter a pesar de todos los factores que obran en sentido contrario. Que esta forma de ayuda sea respetuosa de la libertad y de la dignidad de quienes son ayudados; que sea un medio para formar las conciencias donantes.

Pero esto no basta. En el marco de sus instituciones nacionales y en colaboración con todos sus compatriotas deben buscar las razones estructurales que alimentan o causan las varias formas de pobreza en el mundo y en su país, de modo que puedan aportar los remedios oportunos.

No se dejen intimidar o descorazonar por explicaciones simplistas, que son más ideológicas que científicas, explicaciones que buscan explicar un mal complejo con una sola causa. Pero tampoco se arredren frente a las reformas —especialmente las más profundas— de actitudes y estructuras que puedan revelarse necesarias para recrear de nuevo las condiciones que necesitan quienes están en desventaja, para lograr una posibilidad efectiva en la dura lucha por la vida. Los pobres de los Estados Unidos y de todo el mundo son sus hermanos y sus hermanas en Cristo. No deben jamás contentarse con dejarles las migajas de la fiesta. Deben tocar a su sustancia, y no a su abundancia, para ayudarlos. Y deben tratarlos como huéspedes a su mesa.

¡Católicos de los Estados Unidos! mientras hacen avanzar sus legítimas instituciones, ustedes participan al mismo tiempo en el desarrollo de la nación, en el ámbito de las instituciones y de las organizaciones que nacen de la común historia nacional y de su común actividad. Esto lo han hecho por lo general mano a mano con sus conciudadanos de toda fe y confesión religiosa. La unión entre ustedes en todo esto es esencial, bajo la guía de sus Obispos, para profundizar, proclamar y promover realmente la verdad sobre el hombre, sobre su dignidad, y sobre sus derechos inalienables, la verdad tal como la Iglesia la recibe en la revelación y la desarrolla incesantemente en su doctrina social a la luz del evangelio. Estas convicciones sin embargo no son un modelo prefabricado para la sociedad. (cfr. Octogésima adveniens, 42). Es deber principalmente de los laicos aplicarlas en la práctica en proyectos concretos, definir las prioridades y desarrollar los modelos que son convenientes para promover el verdadero bien del hombre. La Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et Spes* nos dice que: "De los sacerdotes, los laicos pueden esperar orientación e impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan. No es ésta su misión. Cumplan más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del Magisterio" (n.43).

Para llevar esta empresa a una conclusión feliz es necesaria una nueva energía espiritual y moral sacada del inagotable manantial divino. Esta energía no se desarrolla fácilmente. El estilo de vida de muchos miembros de nuestra sociedad rica y permisiva es cómodo, y es también tal el estilo de vida de un número cada vez mayor de personas en los países más pobres. Como dije el año pasado en la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión *Justitia et Pax*, "los cristianos deberán estar a la vanguardia al favorecer modos de vida que interrumpan finalmente el frenesí del consumismo, triste y enervante" (11 de Noviembre de 1978).

No se trata de frenar el progreso, ya que no hay verdadero progreso humano cuando cada cosa concurre a favorecer el instinto del interés egoísta, del sexo y del poder. Debemos encontrar un modo de vida simple. Ya que no es justo que el nivel de vida de los países ricos busque mantenerse acabando con la mayor parte de las reservas de energía y de materias primas que están destinadas para servir a toda la humanidad. Pues la rapidez en crear una solidaridad más grande y más justa entre los pueblos es la primera condición de la paz. Los católicos de

los Estados Unidos, y todos ustedes ciudadanos de los Estados Unidos, tienen una tal tradición de generosidad espiritual, de laboriosidad, de simplicidad y de sacrificio que no pueden evitar el prestar atención a esta llamada actual con un renovado entusiasmo y con una nueva determinación. Es en la alegre simplicidad de vida inspirada por el Evangelio y por el espíritu evangélico de fraterno compartir donde ustedes encontrarán el mejor remedio contra el criticismo áspero, la duda paralizante y la tentación de ver en el dinero el instrumento principal y la verdadera medida del progreso humano.

En diversas ocasiones he recordado la parábola evangélica del rico y de Lázaro. "Había un hombre rico que se vestía con ropa finísima y que cada día comía regiamente. Había también un pobre de nombre Lázaro todo cubierto de llagas, que se tendía a su puerta ansioso por llenarse con lo que caía de la mesa del rico" (Lc 16, 19 ss.). Tanto el rico como el mendigo murieron y fueron llevados ante Abraham, y fueron juzgados de acuerdo a su conducta. El evangelio nos dice que Lázaro encontró consuelo mientras el rico encontró tormento. ¿El rico fue condenado porque era rico, porque tuvo en la tierra abundantes propiedades, porque "vestía con ropa finísima y cada día comía regiamente"? No, diría que no fue por esta razón. El rico fue condenado porque no prestó atención al otro hombre. Porque descuidó informarse sobre Lázaro, la persona que se tendía a su puerta ansioso por llenarse con lo que caía de su mesa. Cristo no condena jamás la simple posesión de bienes materiales. El pronuncia en cambio palabras muy severas contra quienes usan de sus bienes materiales de modo egoísta, sin prestar atención a las necesidades de los demás. El sermón de la montaña comienza con las palabras: "Bienaventurados los pobres de espíritu". Y al término del balance del juicio final, como se lee en el Evangelio de San Mateo, Jesús dice las palabras que tan bien conocen: "Tuve hambre y no me dieron de

comer; tuve sed y no me dieron de beber; era forastero y no me recibieron en su casa; no tenía ropas y no me vistieron; estuve enfermo y encarcelado y no me visitaron" (Mt. 25, 42-43).

La parábola del hombre rico y de Lázaro debe estar siempre presente en nuestra memoria; ella debe formar nuestra conciencia. Cristo nos pide estar abiertos a nuestros hermanos y a nuestras hermanas que tienen necesidad: a los ricos, a los acomodados, a quienes están económicamente favorecidos les pide estar abiertos a los pobres, a los subdesarrollados, a los perjudicados. Cristo reclama una apertura que es más que una benévola atención, más que actos simbólicos o un activismo separado que dejan al pobre indigente como antes, sino todavía peor.

Toda la humanidad debe pensar en la parábola del hombre rico y del mendigo. La humanidad debe traducirla en términos contemporáneos, en términos de economía y de política, en términos de todos los derechos humanos, en términos de relaciones entre el "Primer", el "Segundo" y el "Tercer Mundo". No podemos estar ociosos mientras millares de seres humanos están muriendo de hambre. No podemos permanecer indiferentes mientras los derechos del espíritu humano son pisoteados, mientras se hace violencia a la conciencia humana en materia de verdad, de religión, de creatividad cultural.

No podemos estar ociosos, alegrándonos con nuestras riquezas y nuestra libertad, si, en alguna parte, el Lázaro del siglo XX yace a nuestra puerta. A la luz de la parábola de Cristo, la riqueza y la libertad crean una especial obligación. Y así en el nombre de la solidaridad que nos une a todos juntos en una común humanidad, proclamo de nuevo la dignidad de toda persona humana: El hombre rico y Lázaro son ambos seres humanos, ambos creados a imagen y semejanza de Dios, ambos igualmente redimidos a un alto precio; el precio de "la sangre preciosa de Cristo" (1 Pedro 1,19).

## 2 DISCURSO ANTE LA CONFERENCIA EPISCOPAL NORTEAMERICANA

Hoy, bajo el signo de la colegialidad y debido al misterioso designio de la Providencia de Dios, yo, vuestro hermano en Jesús, vengo ahora a vosotros como sucesor de Pedro en la silla pontifical de Roma y por lo tanto como Pastor de toda la Iglesia.

Deseo fortaleceros en el ministerio de la fe como pastores locales, y apoyaros en vuestras actividades individuales y conjuntas pastorales y alenándoos a manteneros firmes en la santidad y verdad de Nuestro Señor Jesucristo.

Debido al hecho de que hemos sido llamados para ser pastores del rebaño, somos conscientes de que debemos presentarnos como humildes siervos del Evangelio. El liderazgo será efectivo solamente cuando sea genuino el hecho de ser discípulos.

Sólo podremos proclamar convincentemente "la inalcanzable riqueza de Cristo" (Ehp 3:8) si nos mantenemos fieles al amor y amistad de Jesús, solamente si seguimos viviendo en la fe del Hijo de Dios.

En el ejercicio de vuestro ministerio de verdad, como Obispos de Estados Unidos, vosotros habéis, mediante comunicados y cartas pastorales, colectivamente ofrecido la palabra de Dios a vuestro pueblo, demostrando su relevancia en la vida diaria, señalando el poder que tiene de edificar y curar, y al mismo tiempo manteniendo sus demandas inherentes. Hace tres años, vosotros hicisteis esto de manera muy especial mediante vuestra carta pastoral, tan bellamente titulada "Vivir en Cristo Jesús". Esa carta, en la que vosotros ofrecéis a vuestro pueblo el servicio de la verdad, contiene varios puntos a los cuales deseo aludir hoy.

Vosotros hablasteis explícitamente del deber de la Iglesia de ser leal a la misión que se le ha confiado. Y precisamente por esta razón vosotros hablasteis de ciertos problemas que necesitaban una afirmación más clara, debido a que, a vuestro criterio, la enseñanza católica había sido desafiada, rechazada o violada en la práctica: Vosotros proclamasteis reiteradamente los derechos humanos y la dignidad humana y el valor incomparable de la gente de todos orígenes raciales y étnicos, declarando que "el antagonismo racial y la discriminación se cuentan entre los males más persistentes y destructores de nuestra nación".

Vosotros rechazasteis energicamente la opresión del débil, la manipulación del vulnerable, el desperdicio de bienes y recursos, los incesantes preparativos para la guerra, las estructuras sociales y políticas injustas y todos los crímenes por y contra los individuos y contra la creación.

Con la sencillez de los Evangelios, la sensibilidad de los pastores y la caridad de Cristo, vosotros enfrentasteis la cuestión de la indisolubilidad del matrimonio, declarando correctamente que "la alianza entre un hombre y una mujer unidos en el matrimonio cristiano es tan indisoluble e irrevocable como el amor de Dios por su pueblo y el amor de Cristo por su Iglesia".

Al exaltar la belleza del matrimonio vosotros os expresasteis correctamente contra la ideología de la anticoncepción y los actos anticonceptivos, tal como lo hizo la Encíclica "Humanae Vitae". Con la misma convicción de Pablo VI, yo ratifico hoy la enseñanza de esa encíclica dada por mi predecesor "en virtud del mandato que nos diera Cristo".

Al definir la unión sexual entre marido y mujer como

una expresión especial del mutuo amor de la alianza que los une, vosotros declarásteis correctamente que "la relación sexual es un bien humano y moral solo dentro del matrimonio; fuera del matrimonio está mal".

Como "hombres con el mensaje de la verdad y el poder de Dios", como auténticos docentes de la ley de Dios y como sensibles pastores, vosotros declarásteis también correctamente que "la actividad homosexual, es moralmente mala".

En la claridad de esta verdad vosotros ejemplificasteis la caridad real de Cristo. No habéis traicionado a esas gentes que, debido a la homosexualidad, enfrentan difíciles problemas morales, tal como ocurriría si, en nombre de la comprensión o la compasión, o por cualquier razón, vosotros hubierais alentado falsas esperanzas de cualquier hermano o hermana.

Siendo testigos de la verdad de la humanidad en el plan de Dios, vosotros manifestásteis efectivamente el amor fraternal, sosteniendo la verdadera dignidad humana de quienes miran a la Iglesia de Cristo en busca de la guía que viene de la luz de la palabra de Dios.

Vosotros disteis también testimonio de la verdad, sirviendo a toda la humanidad, cuando haciendo eco de la enseñanza del concilio —"desde el momento de la concepción la vida debe ser protegida con el mayor cuidado"— reafirmásteis el derecho a la vida y la inviolabilidad de toda vida humana, incluida la vida de los niños por nacer.

Vosotros dijisteis claramente: "Destruir esos niños inocentes por nacer es un crimen indecible. El derecho de ellos a la vida debe ser reconocido y protegido plenamente por la ley".

Y cuando defendisteis a los no nacidos en la verdad de su ser, hablasteis claramente de los ancianos, afirmando: "La eutanasia o la muerte por compasión es un grave mal moral. Tal muerte es incompatible con el respeto de la dignidad humana y la reverencia por la vida".

En vuestro interés pastoral por vuestro pueblo y todas sus necesidades —incluida vivienda, educación, salud, desempleo y administración de la justicia— disteis nuevo testimonio de que todos los aspectos de la vida humana son sagrados.

Vosotros estabais, en efecto, proclamando que la Iglesia nunca abandona al hombre ni en sus necesidades temporales cuando ella lleva a la humanidad a la salvación y la vida eterna.

Debido a que el acto más grande de fidelidad de la Iglesia

para con la humanidad y su "función fundamental en cada época y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, apuntar a la conciencia y a la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Dios", debido a que vosotros aludisteis correctamente a la dimensión de la vida eterna.

Es en esta proclamación de la vida eterna que encontramos un gran motivo de esperanza para nuestro pueblo. Contra el avance del materialismo, contra el secularismo rampante y contra la permisividad moral.

Hermanos en Cristo: Mientras proclamamos la verdad en el amor, no es posible para nosotros evitar todas las críticas, ni es posible contentar a todos, pero es posible trabajar por el beneficio real de cada uno. Y así estamos humildemente convencidos que Dios está con nosotros en nuestro ministerio de la verdad y El "no nos dio un espíritu de timidez, sino un espíritu de poder y amor y autocontrol" (2 Tim 1:7).

Uno de los mayores derechos de los fieles es recibir la palabra de Dios en su pureza e integridad, como está garantizado por el magisterio de la Iglesia Universal, el auténtico magisterio de los obispos de la Iglesia Católica que enseñan junto al Papa. Queridos hermanos: Podemos estar seguros que el Espíritu Santo nos asiste en nuestra enseñanza, si seguimos absolutamente fieles al magisterio universal.

Frente al extendido fenómeno de nuestro tiempo, en que muchos miembros de nuestro pueblo reciben en gran número la comunión haciendo poco uso de la confesión, debemos subrayar el llamado básico de Cristo a la conversión.

Debemos subrayar también que el encuentro personal con el Jesús del perdón en el sacramento de la reconciliación es un medio divino que mantiene viva en nuestros corazones y en nuestras comunidades una conciencia del pecado en su realidad trágica y perenne y que, por la acción de Jesús y el poder de su espíritu, da frutos de conversión en la justicia y la vida de santidad.

Mediante este sacramento somos renovados en el fervor y la fortaleza en nuestra resolución, y somos animados por el divino aliento.

Como líderes selectos de una comunidad de plegaria es nuestra especial alegría ofrecer la eucaristía y dar a nuestro pueblo un sentido de su vocación como pueblo de la pascua con el "aleluya" como su canción.

Y recordemos siempre que la validez de todo el desarrollo litúrgico y de la efectividad de cada signo litúrgico propone el gran principio de que la liturgia católica es teocéntrica y que es, por sobre todo "la adoración de la divina majestad", en unión con Jesucristo.

Nuestro pueblo tiene un sentido sobrenatural que busca la reverencia en toda liturgia, especialmente la que toca al misterio de la eucaristía.

Con profunda fe aseguremos que nuestro pueblo entienda que la eucaristía —dentro y fuera de la misa— es el cuerpo y la sangre de Jesucristo y, por lo tanto merece el culto dado al Dios viviente, y sólo a El.

Y cada Iglesia individual que vosotros presidís sirve a una comunidad fundada en la palabra de Dios y actuando en la verdad de esta palabra.

En la fidelidad a la comunión de la Iglesia Universal nuestra unidad local es autenticada y hecha estable.

En la comunión de la Iglesia Universal, las Iglesias locales encuentran cada vez más claramente su propia identidad y su enriquecimiento.

Pero todo esto requiere que las Iglesias individuales mantengan una completa apertura hacia la Iglesia Universal.

Oremos y dediquemos especial esfuerzo a promover y mantener las vocaciones al sagrado sacerdocio; de modo que el cuidado pastoral del ministerio sacerdotal esté asegurado en las próximas generaciones.

Os pido que llaméis a padres y familias, sacerdotes, religiosos y laicos a unirse en el cumplimiento de esta responsabilidad vital a la entera comunidad.

Y entreguemos a los jóvenes el pleno desafío de seguir a Cristo y de abrazar su invitación con total generosidad.

Amados hermanos: "Que la gracia reine en quienes aman a Nuestro Señor Jesucristo con un amor sin fallas".

## DISTRIBUIDORA ESTUDIOS



- \* AUTORIZADA PARA HACER O RENOVAR SUSCRIPCIONES DE "SIC"
- \* DISTRIBUCION Y VENTA DE PUBLICACIONES DEL "CENTRO GUMILLA"
- \* VENTA DE PUBLICACIONES Y MATERIALES AUDIOVISUALES DEL "CENTRO PELLIN"
- \* LIBRERIA ESPECIALIZADA EN TEXTOS DE PRIMARIA, TEOLOGIA, PEDAGOGIA, FILOSOFIA, CIENCIAS SOCIALES Y COMUNICACION

Torre Bandegro, local 1  
Jesuitas a Mijares  
Apartado 2.885  
CARACAS - 101

Tfnos. 81.33.55 y 81.12.35